

áun pintada; ¿qué mucho que huya amedrentado de ellas y de Ella, que no ose á sacar la cara á hablar, ni á molestar á persona alguna, en su presencia, por medio de los energúmenos, que son los castillos en que se hace fuerte para dar batería á la cristiandad? Nació, dice el Profeta Nahum, el Sol, y desaparecieron las infernales langostas, que son los demonios: *Ortus est Sol, et avolaverunt.* Amaneció, dice el grande historiador del Perú, la Virgen de Guadalupe [suya] en aquella Región Occidental de la Austral América, con el sol en los brazos; amaneció, digo también yo, la Virgen de Guadalupe (nuestra) en nuestra Aquilonar América de Occidente, acompañada del sol, que con toda su luz la circunda; y á la presencia de aquella, y á la vista de esta, desaparecieron hasta hoy las catervas de infernales espíritus, que como suelen espesas langostas al aire, cubrían y embarazaban la luz del Sol de Justicia en estas provincias. ¡Bendito sea Dios, que por la Imágen de su Madre Santísima, este Reino, que ahora dos siglos era un infierno de demonios, desterrados estos de él, es un cielo de paz, donde pueden vivir todos, y viven muchos, como ángeles!

CAPITULO XXIV.

En que se pone y amplifica, el mayor y primero milagro de esta Señora, que es su Santa Imágen.

El mayor, el más antiguo y más autorizado milagro de Nuestra Señora de Guadalupe, es su Imágen bendita, que tiene por testigos, á los ojos con que la vemos; á las manos con que la tocamos; á los oídos con que cada día oímos sus maravillas; al olfato con que casi estamos oliendo la fragancia de aquellas milagrosas flores que dieron matices á su Soberana pintura, y á nuestra piedad y devoción parece que las sentimos recientes, frescas y olorosas siempre que la vemos y la adoramos; al gusto, que con verla y admirarla cada día, le sabe, como el maná, á todos los sabores que puede percibir el paladar del espíritu. Y como el maná era una maravilla de maravillas, que el verlo y gustarlo sólo se podía explicar con admiraciones: *Quid est hoc?* ¿Qué manjar es este? ¿Qué sabor es el que tiene? ¿A qué gusto sabe? así esta Imágen Celestial es un milagro de más milagros, que sabores tenía el maná. Quiero empezar lo raro de este milagro, por una calidad singularísima en que excede á este maravilloso manjar del Cielo, y es, que aunque satisface al gusto, no enfada, aunque recrea á la alma, no le causa fastidio. Cada día, ¿qué digo cada día? cada hora, cada momento,

parece esta Sagrada Imágen á los ojos más bella, más modesta, más agradable, más milagrosa. A pocos bocados se hastiaban del maná los hebreos, de suerte, que habiendo confesado poco antes que les sabía á todos los gustos, daban luego que les causaba náuseas, que era un manjar sin substancia, una comida que los debilitaba y los desmayaba: *¡Nauseat anima nostra super cibo isto levisimo!*

De los mayores milagros de la Omnipotencia, dice S. Agustín, que de puro repetidos y continuados, decaen, si no de su grandeza, de su estimación: *Miracula ejus quibus totum mundum regit universam que creaturam administrat assiduitate vilescum, ita utiam pene nemo dignetur attendere;* pero este prodigio, (á mí, por lo menos, y entiendo que á todos) cada día se hace más nuevo, más raro, más admirable y más estupendo. ¿A quién no pone admiración ver una manta de materia tan corruptible como es el ixtle, y que si la hubieran puesto antes de pintarse en ella la Santa Imágen, en lugar áun menos expuesto á corrupción, á los diez ó veinte años estuviera tan podrida que se deshiciera por sí y se quedarán los pedazos entre las manos; que después de ciento y cincuenta y siete años que ha que se pintó y está en aqual lugar húmedo y salitroso, permanezca hoy tan entera, tan recia, tan firme como si se acabara de tejer, tan vivos, tan nuevos, tan bellos los matices del oro y los colores, como si se acabara de pintar? No me noten los que esto leyeren, que he discurrido otras veces este punto, que me hace esta novedad tanta fuerza, que no puedo satisfacerme con haberle tocado una vez; y si mil y más veces lo escribiera, siempre hallara nuevos puntos de admiración que escribir y que ponderar.

Acuérdense los que han leído la Conquista de México, de aquellas ricas salas en que estaba el tesoro del gran Moctezuma, unas llenas de planchas y piezas de plata y oro, otras de ropa de mantas ricas de algodón, labradas á todo primor y esmero, como tejidas y aseadas para Reyes y Reinas de tanto poder y soberanía. Entre estas, habría muchas tilmas ó capas reales curiosas, ricas y preciosas. De estas, las más bien tratadas, las más bien tejidas, las más estimadas, ¿cuánto durarían? A pocos años desaparecieron como sombra: hoy no hay ni áun rastro de ellas. Sólo ha quedado la memoria de su desvanecimiento, y el desengaño de su inconstancia. ¿Esto no es materia de asombro á vista de una manta vil, de una tilma pobre, de un lienzo el más tosco que usan los indios, labrado sin ningún primor ni curiosidad; su tejido ralo, sus hilos casi sin trama, desiguales y gruesos; mal surcidas é hilvanadas las piernas de ella; por en medio con un torzal de algodón débil y mal torcido, que ha más de siglo y medio que dura y permanece como el día en que se pintó milagrosamente en ella, MARIA VIRGEN

DE GUADALUPE? ¿Este no es estupendo milagro? ¿Este no es prodigio admirable? ¿Y que lo veamos y lo catemos cada día, y lo reconozcamos y casi lo toquemos con las manos con tanta frecuencia, que cada hora lo admiramos y celebramos más! ¿Este es otro milagro más singular! ¿Este es otro prodigio más raro!

Pondera la Sagrada Escritura por efecto milagroso, y muy milagroso de la Providencia de Dios con su Pueblo, que en enarenta años que vagaron los de él por el desierto, ni se les envejeciese ni rayese el vestido, ni se les pudriese la ropa, ni se les gastase el calzado. *Adduxi vos quadraginta annis per Desertum: non sunt attrita vestimenta vestra, nec calceamenta pedum vestrorum vetustate consumpta sunt?* ¿Milagro digno de toda celebridad! ¿Qué milagro será que la capa de un indio, expuesta al salitre del puesto en que está, y que se come y deshace las piedras más duras, sujeta á los vientos que en aquel paraje son dañosísimos, y no hay cosa que no corrompan, después de más de ciento y cincuenta años: *Ne que sit attrita nec vetustate corrupta:* que no se haya deshecho y podrido en tanto tiempo! ¿Estupendo milagro! ¿Y lo mismo se discurre de la forma y colores de la Santa Imágen, en un lienzo basto, al temple, sin aparejo, tan entera, tan hermosa, tan sana y cabal después de siglo y medio, cuando las otras, bien aparejadas, y coloridas al óleo, á los veinte años se despintan! ¿Muy ciego ha de ser, ó muy obstinado, quien no reconociere aquí, y confesare, el cuidado de la Providencia de Dios en conservar, sin daño ninguno, la integridad de la capa del indio, preservada de las injurias del tiempo, por respeto de la Imagen Santísima de su Madre!

El año de 1.666, á veinte dias de marzo, fué, por orden del V. Dean y Cabildo, al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, el Dr. D. Francisco de Siles, Canónigo de Escritura, á cuyo cargo estaba la averiguación de la Santa Imágen, llevando consigo hombres entendidos y prácticos en las cosas y géneros de los indios, pintores muy peritos en el arte, y algunos médicos insignes y otras personas calificadas que autorizasen la demostración jurídica que se hizo de la Santa Imágen. Sacáronla de su Tabernáculo, y puesta patente en el plan del Presbiterio, la reconocieron despacio y menudamente por el haz y enves de ella; y los prácticos de los géneros de la tierra, (como lo testifica en su deposición jurada á fojas 31 el Lic. Luis de Becerra Tanco, que fué uno de ellos) afirmaron debajo de juramento, que el lienzo en que está pintada la milagrosa efigie, es un lienzo tejido del hilo que hacen de unas palmas silvestres que llaman *iczoatl*, y de él tejían en su gentilidad, y tejen ahora la plebe y gente pobre sus mantas, que llaman *tlimas*, y las que de este lienzo tejen, *iczoatilmatl*, y es tan grueso y basto como la lona de la

Europa. Los pintores testificaron, que dicho lienzo no estaba aparejado, ni tenía imprimacion ninguna; y que aunque parecía la pintura al temple, pero mirada bien en el haz y enves de él, no era de pincel, sino teñido el lienzo de los colores necesarios para formar lo figurado en él. Todos concordaron en que no había sido ni podía ser de mano de artífices humanos, sino de superior arte y poder. Los médicos dijeron, que la permanencia del lienzo tantos años, así por su corruptibilidad intrínseca, como por los ambientes naturalmente corruptivos, aún de géneros más durables y persistentes, no podía ser natural; y mucho más la de los colores tan finos y rozagantes, á pesar de las injurias de tanto tiempo; y que todo el conjunto de la Sagrada Imagen, parecía un milagro continuado por casi siglo y medio, como queda ya en la informacion sobredicha.

Yo tuve dicha de verla fuera de su Tabernáculo, de tocarla con la mano, y considerarla por la faz y por su respaldo; y aunque el bulto sagrado en el todo de él, es admirable, y mucho más su bellissimo rostro, hermoso con tanta rara modestia, modesto con tan indecible apacibilidad, apacible con una gravedad tan magestuosa que pone admiración, que causa respetos, que llena de consuelo, de esperanzas, de alegría y amor á los que lo miran; y parece que se arranca el alma y avalanza el corazón á mirarla y remirla, á amarla y á quererla con mil afectos y mil ternuras. Pero como en medio de mis mayores devociones, siempre que he visto algunos Santuarios, he dado lugar, (confieso mi culpa) á que la curiosidad haga su oficio, para que queden con la investigación más fijas las memorias de ellos, este día puse atención en el reverso de la milagrosa pintura, y se la ayudé á poner al dicho D. Francisco de Siles, que fué quien me la hizo mostrar, y á otros; y todos convenimos, que en lugar de la Imagen, que había de salir en sombra, por ser tan ra'a la manta, lo que se veía, eran unos manchones de colores, como del jugo esprimido de varias flores y hojas de ellas; de suerte, que nos parecía que se distinguía el verde oscuro de las hojas de la azucena, el blanco nevado de ella, lo morado del lirio, lo sonrosado de la rosa, lo azul de la violeta, lo amarillo de la retama; mezclados unos y otros con distinción, y separados con una inconfusa mixtura, en que estuvimos algún rato admirándonos y notándolo; señalando en los colores, cuál era de esta rosa, y cuál de aquella; cuál era el color de las hojas y cuál el de las flores; y al fin, convenimos, en que parecía que la Imagen se había copiado, no con pincel, sino al modo con que se estampan las de los sellos, y como saliera impresa si una lámina del tamaño de la Santa Imagen en que estuviese delineada la de la Santísima Virgen, se hubiese apretado con un tórculo sobre las flores de la tilma de Juan Diego; y tomando del jugo

de ellas, y de las hojas de sus ramas, con distinción, precisos los colores que había menester su dibujo, hubieran rebatido y resudado al envés de ella, el humor y tinte que sobraba y superflua con aquella clara confusión que se veía.

Esto que aquí digo y no sé explicar, es lo que entonces conferíamos y decíamos, y con lo que, teniendo presente á los ojos aquel milagroso objeto, nos explicábamos. De todo lo que he dicho, si ello es así, infiero: que la Imagen, ni fué pintada, ni impresa, ni estampada, aunque parece pintada al temple, estampada á torcho y sacada de molde; sino del modo y forma que sólo sabe Dios, que la mandó copiar del talle original de su Madre; y con efecto, la copió el angel S. Gabriel, ó S. Miguel, ó quien es el que está á sus pies, como blasonando de ser él el Miguel Angel de tan peregrina Imagen. Humillémonos de lo que no alcanzamos; consolémonos en el Señor de lo que vemos; demos muchas gracias á la Señora de lo que gozamos; y procuremos servirla y obsequiarla en su devota Imagen de Guadalupe, para que por su poderosa intercesión merezcamos ir á ver su prodigioso Original en el Cielo, y á saber cómo se pintó su milagroso Retrato en la tierra.

Después de ver esta maravilla de colores, que yo experimenté, y otros que la vieron, ví el dicho de los maestros del arte de pintar, en donde la reconocieron jurídicamente, y hallé que decían contes-tes, que por el envés, vieron toda la efigie de la Señora distintamente pintada. Esto mismo oí entonces á otras personas. Yo confieso ingenuamente, que llevando esta reflexa de ver la Imagen por el envés, como por la haz, no vi sino lo que llevo escrito; creo lo que los pintores dicen, y creo lo que mis ojos vieron. Y digo, que como la Santa Imagen, según lo que testificó el R. P. Fr. Pedro de Uyanguren, núm. 127, la ven casi siempre con variedad en las facciones de la faz, puede ser que se deje ver con diferencia en el envés. Y es lo que me ocurre para componer esta verdad.

Prosiguieron los testigos y examinadores, sobre el oro de la orla y de las estrellas de que está salpicado el manto, el cual les pareció oro natural, no de hoja, sino molido, pero asentado con tan primorosa sutileza, que no se ha saltado ni deslustrado en tantos años. Las labores que florecen la túnica, y el color de ella, parecen de damasco. El largo del lienzo en que apareció la Imagen, demuestra que es de capa de hombre de estatura perfecta, porque dió lugar al santo bulto, que tiene seis palmas y un jeme, y al medio cuerpo del angel que lo sustenta, y quedó en él, campo para las nubes que la rodean. La manta es de dos piernas cosidas de alto abajo con hilo de algodón; hace una señal por medio de ella, que si no tuviera inclinado el rostro sobre el hombro derecho, se lo señalara y afeara

notablemente; y parece (y aún sin parece) que al pintarse en ella la Señora, huyó el rostro con advertido ademán, para no parecer fea la que fué *tota pulchra*, toda hermosa.

A algunos les pareció entonces, y les parece, que el color de la Imagen y traje del vestido, es el de las indias principales, que de suyo, como se crían con más cuidado y aseo, y no andan comunmente como las que no lo son, al sol, tienen el color del rostro trigueño claro, la tez de él bien curada, el cabello negro y poblado, y usan unas como túnicas desde el cuello y hombros hasta los pies, que en su idioma llaman *Quexquemiles*; y traen mantos, ó cobijas largas, con que cubren la cabeza. Y aunque su traje es airoso y bien parecido, es modesto, y ellas generalmente lo son. Todo lo cual es claro en la Santa Imagen. Y de aquí infieren, lo que Nicéforo siente con San Cipriano; que el color del rostro de la Virgen, *fuit triticeus*, fué trigueño; y que á eso alude la Esposa cuando de sí dice: *Nolite me considerare quod fusca sint*, porque ese era el color de las mujeres de Palestina, como enseña nuestro Cornelio: *B. Virgo quoad colorem fuit fusca et subnigra quales sunt Egiptii et Palestini*. Sea así, ó porque así lo parece, ó porque así fué el parecer de la Virgen, y porque así quiso aparecerse, en que no determino, no puedo dejar de admirar y venerar la discreción de la Señora de Guadalupe, que como venía á aficionar las voluntades de los naturales, para ganarlos con su devoción para Dios, quiso parecer y aparecer en su traje, preciándose de su tez y color trigueño, para conciliarles con la semejanza la afición, y atraerles las voluntades. Para hacerles bien, [así se lo dijo Ella misma á Juan Diego] pidió que le fabricasen Templo; y para que se lo fabricasen con gusto, se apareció en el traje y forma que en Ella adoramos, admiramos y vemos.

El Lic. Luis de Becerra, discurre á este mismo fin por otro rumbo, con que me da margen para pensar el fin que pudo tener la Señora en aparecerse en el traje y color de las indias cacicas y principales. Dice, que la Santísima Virgen apareció así en México, al tiempo y cuando algunos de los primeros pobladores (que no fueron los conquistadores, ni los pobladores todos) tenían á los indios por fieras y no por hombres; y la misericordiosísima Señora, para que vieses y entendiesen con evidencia, que ellos en pensarlo y decirlo así, eran los que no parecían hombres, sino brutos; se apareció cinco veces á dos indios, con quienes habló y conversó, y los trató como á hombres capaces de razón, y de razonar con ella. Y habiendo sido el Sr. Obispo D. Fr. Juan de Zumárraga, como Protector que era de ellos, uno de los que escribieron más eficazmente en favor de los indios, al Sr. Emperador y al Papa Paulo III, que fué

el que definió este punto el año de 1,537, ¿con qué razón más persuasiva acreditaría para con ambos, Emperador y Pontífice, de racionales los indios, que con el caso milagroso de la Santa Imagen muchas veces aparecida á dos indios, y cuya Imagen casi vió con sus ojos, aparecer en la tilma ó capa de uno de ellos?

Añado yo al probabilísimo discurso de este erudito y piadoso sacerdote: ¿qué otro argumento podía darnos la Virgen más *ad hominem idest*, para probar en los indios la razón de hombre, que el aparecerse y pintarse en su traje? ¿Si fueran fieras, como brutalmente pensaron algunos, había de vestirse la Reina de los ángeles y la Madre de todos los hombres, traje de fieras? ¿Había de permitir que los ángeles pintasen su milagrosa Imagen, en la forma en que andan los brutos? ¿Había de hablar con fieras la que vino á enmendar el pecado de Eva, que se ocasionó de haberse puesto á hablar con una fiera? ¿Si fueran brutos los indios, había de revelarse y mostrarse á unos brutos? Hasta hoy está en su Imagen reprobando ese desatino, y diciendo, que no son estos pobres y desdichados los que pensaron antiguamente, ni son los que piensan ahora; capaces son de hacer de ellos, y en ellos, mucho, pues hizo la Virgen por ellos, y tanto, como sabemos en esta Historia y en la que imprimí de Nuestra Señora de los Remedios.

CAPITULO XXV.

Escríbense otros casos maravillosos de la Santa Imagen de Guadalupe, más nuevos.

El Capitán Lucas García Montaña, viniendo de Maracaibo para la Vera Cruz, corrió once días con un norte deshecho; pide á Dios misericordia. Túvose por perdido la noche de S. Andrés, á las once de ella, sin esperanza, en lo humano, de escape. Invocó con los del navío, de todo corazón, á la Virgen de Guadalupe de México; y desde entonces empezó á aflojar el huracán, y en pocos días arribó á salvamento á la Vera Cruz. Fué este suceso, alcanzado, como él y todos los del navío creyeron, por la intercesión de esta Soberana Señora, por diciembre del año pasado de 1,685, y en señal de reconocimiento, envió en una tabla pintado el suceso, á su Santuario, dicho Capitán Lucas García.

Catalina de Monta, once años hidrópica, y sin remedio, vino á novenas al Santuario; invocó á la Señora de Guadalupe; bebió agua del pozo donde se apareció la Santísima Virgen á Juan Diego cuando le dió las flores; y siendo á este achaque, su enemigo el

agua, á esta enferma, que por la intercesión de la Virgen era de vida, el agua le fué medicina. Está este favor, en una tabla, en su Iglesia.

Bartolomé Granado, por mucho tiempo padeció terrible dolor de cabeza, que le privaba de los sentidos, y le llevaba de prisa á la muerte. Hízose traer delante de la Imagen, presentóle una cabeza de plata, que está colgada en el Santuario, y luego sanó.

Al Racionero Miguel de Bárcena de Balmaceda, que fué muy devoto del Santuario, yendo con un criado desde Guadalupe á S. Angel, se le volcó el coche en una barranca, en donde cayó el coche, con mulas, cochero, y los que iban dentro. En este evidente peligro de la vida, se valió del amparo de la Santísima Virgen de Guadalupe, y se hallaron libres y sin lesión ninguna, todos, á lo que piadosamente creyeron, por su favor. Pintó este suceso para memoria de su agradecimiento, en un cuadro que se puso en la Iglesia.

Iba un coche, con ocho clérigos, al Santuario, á toda carrera, al tiempo que en medio de la calzada venía un indio, en una mula serrera, que azorada del ruido de las ruedas, y bulto, le derribó en el suelo, tan cerca de él, que antes de poder los cocheros parar las mulas, lo cogieron las ruedas y pasaron por encima del miserable. Los que iban dentro, pidieron á la Virgen de Guadalupe, á voces, que lo librase; y cuando pensaron que lo habría muerto, lo vieron en pie, bueno y sano, corriendo tras de su mula. Tuvo por testigos de vista, á los ocho clérigos, que algunos eran sacerdotes, este milagroso suceso; y así se puso entre los otros de la Santísima Virgen en su Iglesia.

Juan Pavón, sacristán de la Santa Imagen, tenía un niño, hijo suyo, muy malo de esquinencia; llevó un poco de aceite de la lámpara que arde siempre delante de la Virgen; ungióle con él la garganta, y luego se halló sano. Está, entre otros, el favor de la Virgen, en su Casa.

Viernes, á diez de julio de 1,667, cayó un rayo en casa de Pedro Quijada, vecino de México. Entró por donde estaba pendiente en la pared, una Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, en un marco, y cayendo sobre el estrado, cerca de su mujer, que se abrazó con ella, empezó á invocarla. En señal de que su invocación le había valido, ella quedó sin daño alguno, y una niña hija suya, que estaba á su lado, abrasado el rostro con la llama del rayo. Fué el caso patente, y el favor de la Santísima Virgen notorio; y como tal, se pintó en su Iglesia.

Cuando tantos de fuera del Santuario participan de las misericordias de esta Señora á manos llenas, no había de ser menos su clemencia con quien tanto la asiste y cuida de su Santa Casa. Pa-